

## PROBLEMAS PENDIENTES AL FIN DEL MILENIO

**Julio Retamal Favereau**

Este artículo revisa varios de los problemas que por el momento se encuentran sin solución dentro del plano superior del espíritu, a saber: religión, filosofía, ciencia, arte, moral. La mera subsistencia de esta problemática, sostiene el autor, pone en jaque los logros que en los planos más prácticos y aplicados ha tenido Occidente en los últimos siglos.

**L**legando al fin del siglo XX y en vísperas de ingresar al tercer milenio de la Era Cristiana, muchos hemos sentido la necesidad de examinar tanto el pasado como el presente de nuestro mundo, con el fin de hacer una evaluación de ambos que corresponda a nuestra visión íntima.

Es normal que al advenir fechas que asumen caracteres simbólicos, la situación descrita más arriba se torne más aguda y el deseo de efectuar revisiones generales se multiplique. Desde hace años ya, se están presentan-

---

JULIO RETAMAL FAVEREAU. Licenciado en Filosofía con mención en Historia, Universidad de Chile. Doctor en Filosofía. Universidad de Oxford, Inglaterra. Miembro de número de la Academia de la Historia. Profesor titular de Historia Moderna en las universidades Católica, Gabriela Mistral y Adolfo Ibáñez.

do estos exámenes globales que, en algunos casos, han asumido características catastróficas o escatológicas, con acentuación de los aspectos negativos o sensacionalistas. Pero, aun prescindiendo de tales actitudes, es difícil no efectuar una especie de catastro de aquellas realizaciones o carencias que advertimos en torno nuestro, según nuestras propias preferencias, en medio de un ambiente creciente de cambio y de una supuesta aceleración del ritmo humano.

Dos advertencias preliminares. En primer lugar, no entraré en los problemas de política contingente ni de métodos económicos o estructuras sociales. Me parece que ellos corresponden más al rango de la práctica que al de la teoría. Además, hay tal cantidad de comentarios al respecto, que muy difícilmente podría añadir algo novedoso. Por último, no son de mi especialidad y, siendo muy sincero, no despiertan en mí un interés de gran magnitud. En segundo lugar, cabe consignar aquí que no debe aparecer mi análisis como un puro catálogo de desgracias y fracasos. Difícilmente puede alguien negar que ha habido avances espectaculares en muchos planos y que las condiciones de vida en general han mejorado en casi todo el planeta. En otras palabras, que hay elementos muy positivos en las postrimerías del siglo XX que, de alguna manera, compensan para la mayoría las deficiencias o carencias que señalaré a continuación. Pero el tema de este artículo se restringe a estos últimos aspectos.

La siguiente enumeración no pretende ser única, ni exhaustiva, ni siquiera de importancia general, pero podría servir de base para despertar algunas conciencias y para realizar análisis más acabados o profundos. Se justifica en un educador de la juventud actual, que debe constantemente absorber el impacto del mundo actual en sus más diversas manifestaciones, desde las religiosas hasta las tecnológicas o ideológicas. El mundo actual nos abruma con tanta información y con tanta “tecnología de punta”, cuando no es con su excesiva competitividad y apresuramiento. Es pues, me parece, saludable hacer de vez en cuando una pausa en el camino y escrutar los ámbitos que nos rodean, para luego retomar la ruta, ya sea con renovados bríos, ya sea con una conciencia más clara e ilustrada.

Trataré de presentar los problemas en un orden que me es significativo y, por lo tanto, fundamental para abordar el tema.

### **1. El fracaso del “Dios de la Razón”**

Éste es uno de los acápites más importantes dentro del debate de Modernidad y Postmodernidad. En efecto, de la Modernidad racionalista e ilustrada de los siglos XVII y XVIII surgió esa nueva versión de Dios

llamada en términos genéricos “deísmo”. Desde Lord Herbert of Cherbury, hasta Robespierre, pasando por Locke, Collins, Shaftesbury, Toland, Voltaire, Diderot y los enciclopedistas, la nueva concepción de una religión “natural” y de un Dios de la Razón se fue imponiendo progresivamente en Europa y el Nuevo Mundo.

Esta nueva religiosidad se expresó en tratados, organizaciones, planes de acción y otras aplicaciones concretas. Así por ejemplo, desde el tratado *De Veritate* de Herbert of Cherbury (1624) hasta el *Discourse of Free Thinking* de Anthony Collins (1713), se desarrolló toda una literatura propagandística del deísmo en Europa. Por otro lado, la aparición de las logias masónicas, la extensión del rosacrucismo y de muchas sociedades científicas y seudocientíficas aportó nuevos bríos y programas a los hombres que se llamaban a sí mismos “ilustrados” y que creían vivir en el “siglo de las luces”. Entre los planes de acción destacan las invectivas volterianas contra la “Infame” (la Iglesia Católica); la inconcebible victoria sobre la Compañía de Jesús, que llevó primero a su expulsión de todos los estados católicos y luego a su supresión en 1773; y la disolución del catolicismo en Francia, prohibido en noviembre de 1793, para ser reemplazado por el culto a la Diosa Razón o el Ser Supremo robespierriano.

Durante el siglo XIX, si bien los ataques directos a las iglesias oficiales fueron más escasos, la noción de Dios fue demolida sistemáticamente por casi todos los filósofos, tanto dentro del idealismo alemán como del positivismo francés o el cientificismo y pragmatismo anglosajón. Del “Gott im werden” hegeliano o del Dios inventado por el hombre de Feuerbach, se fue pasando al Dios imagen de una niñez supersticiosa e inmadura de Comte, al Dios imposible dentro del materialismo marxista, hasta culminar en la lapidaria frase final de Nietzsche: “Dios ha muerto”, expresada en *La Gaya Ciencia* y en el *Zaratustra*.

Efectivamente, un dios había muerto, pero creo que se trataba del Dios de la Razón dieciochesca.

El siglo XX, por su parte, demostró mucho menos preocupación por la divinidad, dándola, en gran medida, por cuestión superada. Sin embargo, ni en las concepciones fenoménicas, ni en las existencialistas, utilitaristas o neomarxistas, tenía cabida una concepción de Dios. Peor aún fue la situación a medida que las ideologías llenaban el vacío filosófico, por cuanto lo ideológico puede ser considerado como lo más opuesto a lo religioso. La ciencia contribuyó también a descuidar los problemas relacionados con la fe y la tecnología fue creando paulatinamente un mundo cada vez más complejo y virtual, donde no hay cabida para la trascendencia de ninguna especie.

Pero el problema principal es, a mi juicio, el de la imposibilidad de los pensadores deístas de reducir a Dios a una verdad de razón, a una fórmula comprobable, a una ley funcional, al resultado de una observación, medición y definición científica que contuviera la verdad de Dios. Sabemos que, según Kant, los juicios sintéticos *a priori* no se dan en el plano de la teología o la filosofía. Y sabemos que Kant demolió el llamado “argumento ontológico de la existencia de Dios”, usado por Descartes un siglo y medio antes. Y Kant es uno de los grandes maestros de la Modernidad. Por lo tanto, siguiendo su orientación general, el deísmo tuvo que comprobar su fracaso y quedar suspendido indefinidamente. Nada hace pensar que podría experimentar una revitalización o resurgimiento. Por el contrario, dentro de la posición postmoderna, la sola concepción de cualquier postulado exclusivamente racional o, más bien, racionalista, queda bajo la más grave sospecha de error.

## 2. El descenso del Dios de la Revelación

Si el “Dios de la Razón” se desvaneció gradual pero irrevocablemente, un proceso similar aunque tal vez menos grave y profundo le ha ocurrido al Dios de las religiones, más específicamente al Dios del Cristianismo, Jesucristo.

En este caso, los ataques del deísmo y del ateísmo generaron un repliegue de las religiones cristianas y una reafirmación de su verdad. Las persecuciones son siempre saludables para los espíritus, precisamente a costa de mucho sufrimiento de los cuerpos. El martirio es una fuente inagotable de inspiración religiosa, a la vez que reafirma la fe sobre bases muy firmes.

El complejo proceso de las expresiones del cristianismo en los dos últimos siglos se puede tal vez ilustrar mejor a través de lo ocurrido en la Iglesia Católica, que aparece como la más estructurada y cohesionada de todas las iglesias de Cristo. Dicho proceso, en su parte estrictamente doctrinal, es relativamente fácil de seguir a través de los documentos pontificios que jalonan estos siglos. En el libro recopilado por E. Denzinger, *El Magisterio de la Iglesia*, se halla un buen resumen de los sucesivos pronunciamientos pontificios y conciliares sobre tan delicado tema. Ahí podemos ver el enorme esfuerzo que el catolicismo ha debido hacer para enfrentarse con todas las del etéreas declaraciones de filósofos, científicos e ideólogos dentro de la cultura occidental. El siglo XIX y la primera mitad del XX demuestran, en este sentido, una actitud conservadora y de suma prudencia

frente a tanto descubrimiento y postulado. Se podría decir, sin temor a exagerar, que hasta el pontificado de Pío XII, fallecido en 1958, la Iglesia se concentró en demarcar la verdad religiosa de las demás, en base a una serie de condenaciones y prohibiciones, bajo el principio de que es preferible sobrevolar los cambiantes avatares de la cultura, en vez de tratar de adaptarse a ellos o de intentar transformarlos y llevarlos hacia la senda religiosa.

Esta orientación cambió bruscamente con el Concilio Vaticano II (1962-1965), en el que predominó la “apertura al mundo” y a los “signos de los tiempos”, con el consiguiente *aggiornamento* o esfuerzo de adaptación de estructuras, conductas y, lo que es más serio, principios o postulados. En otros escritos he pasado revista a este fenómeno. Baste decir aquí que el resultado no fue el esperado. Lejos de sobrevenir una “primavera de la Iglesia”, advino un período de creciente confusión y abandono de la fe, en buena parte por las atrabiliarias e improvisadas actitudes de reformadores “postconciliares” y críticos internos de la Iglesia, que han llegado a menudo a extremos insospechados. Basta recordar la expresión de ciertas teologías: la de la “liberación”, la de la “muerte de Dios”, las del relativismo o sincretismo teológico, las de algunos carismáticos, etc. Órdenes, congregaciones y seminarios se han vaciado y la baja en la práctica religiosa ha alcanzado proporciones insólitas. Según declaraciones del Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo, a mediados de 1996, en esta ciudad, la proporción de católicos practicantes se sitúa entre el 6 y el 10% de los bautizados. Incluso, dentro de los que practican, muchos expresan creencias incompatibles con el mensaje de Cristo, como la reencarnación, la ausencia del infierno o del demonio; o bien han adoptado actitudes reñidas con las obligaciones mínimas del católico, como, por ejemplo, prescindir de la confesión, transformar la misa en una mera cena fraternal o comulgar estando en abierta contravención de ciertas reglas de la Iglesia. Algunas actitudes esenciales, como el temor de Dios, también se han esfumado. Por otro lado, hay quienes valoran sólo lo que han dado en llamar “ortopraxis”, como concepto alternativo de ortodoxia, por considerar a este último como demasiado dogmático e inflexible. En otras palabras, no debe ser la recta doctrina la que caracterice al cristiano, sino la recta conducta. Naturalmente, definir lo que sea una “recta conducta” dependerá de cada caso, con lo cual se da un paso importante hacia la subjetividad.

Es cierto que el Papa actual ha hecho muchos esfuerzos por devolver a la Iglesia su sacralidad y su profundidad, pero tales esfuerzos no han tenido el impacto necesario para enderezar conductas. Hay asimismo grupos antiguos y recientes, dentro del cristianismo, que viven la fe con since-

ridad y devoción, pero resultan también muy minoritarios frente a la gran descristianización ambiental, sobre todo en Europa occidental y Norteamérica. Esta descristianización se hace muy patente en la moral y en las prácticas domésticas o sociales en general. Ya no se puede partir de supuestos tales como creer que la sociedad es básicamente cristiana y que las estructuras fundamentales como la familia o la educación reflejan dicho cristianismo. Ello es sólo válido en los grupos a que aludía más arriba, pero el resto de la sociedad ha ido pasando casi inconscientemente a un progresivo olvido, abandono o negligencia de los principios religiosos.

Otro problema grave que afecta al cristianismo es su división creciente y la insólita proliferación de miles y miles de “sectas”, iglesias o ramas, dentro de él. Hay quien estima en 5.000 estos diferentes grupos, pero hay quien lleva esta cifra hasta los cien mil. Entremedio han surgido una serie de religiones semicristianas o vagamente relacionadas con el Evangelio, algunas de prácticas y creencias francamente aberrantes, como los “davidianos” o “los hijos de Dios”.

El panorama se podría completar con algunas aproximaciones inéditas pero sin antecedentes conocidos en la forma de ligarse a la religión de Cristo. El caso más notable es el del filósofo postmoderno italiano Gianni Vattimo, en su opúsculo “Creer que se Cree”, aparecido hace un par de años. Allí el autor trata de volver a sus orígenes católicos a partir de una revisión completa de la doctrina y praxis de la Iglesia, para sugerir otra, que no por novedosa deja de ser inquietante. Aceptarla equivaldría a asentar las creencias doctrinales del cristianismo sobre bases tan innovadoras que implicaría un abandono de gran parte de la historia de la Iglesia en los últimos dos mil años, lo que no sólo sería revolucionario, sino ahistórico. El cristianismo tiene un marco histórico del que, a estas alturas, no se puede prescindir. Desde el momento que el propio Jesucristo vivió en un espacio y un tiempo determinados, la historicidad del cristianismo es parte consubstancial del mismo.

Pero por encima de todo, lo que prevalece es la indiferencia religiosa, que se puede graficar en un gran bostezo de tedio y fastidio, a la manera sartriana, que lo penetra todo. Dios ya casi no cuenta y las religiones tradicionales, a pesar de sus enormes esfuerzos y de los métodos cada vez más experimentales que usan, no logran retener la atención de los posibles neófitos.

La terrible frase de Cristo a los Apóstoles: “Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿creéis que hallará fe sobre la tierra?”, toma día a día una vigencia más inquietante y acuciante.

### 3. El avance de la magia, lo esotérico y el orientalismo

A medida que se desvanece la atmósfera cristiana, se produce un vacío en la mayoría de los hombres, que no desean, íntimamente, perder toda noción de trascendencia y que, es más, necesitan practicar algún código de creencias que vaya más allá del tráfago ultramaterialista en que se desarrollan sus vidas. Este vacío se ha tendido a reemplazar por dos grandes tendencias. Por un lado, por la resurrección de la magia y lo esotérico, en gloria y majestad, y por el otro, por la fuerte penetración de las religiones o espiritualidades del Oriente.

Se puede citar como iniciadores o precursores de estos movimientos a personas como Marilyn Ferguson, Shirley MacLaine y la obra de teatro *Hair*, presentada con gran éxito en 1969. Al comienzo, esto se vio como algo pintoresco, novedoso pero superficial, como una moda. Sin embargo, con el tiempo, fueron surgiendo más y más líderes carismáticos y más y más tratados, los que hoy en día ocupan más espacio que muchas ciencias y otras disciplinas en librerías y bibliotecas especializadas. Programas de radio y televisión, artículos en la prensa, composiciones musicales, obras de teatro, pinturas y otras proyecciones de estos movimientos han llenado muchos ámbitos de la cultura occidental en este final de milenio.

En el caso de la magia, hay que recordar que siempre que se debilita la religión, el hombre revierte a las creencias ancestrales que sostienen que en la naturaleza hay fuerzas del bien y del mal que se pueden utilizar a favor o en perjuicio de los hombres. En eso consiste la magia. Cuando vemos gente golpeando madera para supuestamente prevenir enfermedades, o consultando horóscopos y haciéndose ver el tarot, nos encontramos frente a magia pura, si bien benigna. Las supersticiones más corrientes, como no pasar bajo una escalera, o lanzar tres puñados de sal por encima del hombro si se ha dado vuelta un salero, no son dañinas sino más bien ridículas, pero reflejan aspectos mágicos en la medida en que recurren a conjuros para evitar los supuestos malos efectos de ciertos actos. Hay todo un neopaganismo escondido tras muchas de estas actitudes, con su cortejo de *revivals* de religiones “naturales”, druídicas, precolombinas o mitológicas.

El esoterismo es bastante más complejo y se ha desarrollado de manera ingente en los últimos 20 o 30 años. Innumerables tratados y manuales han aparecido sobre el tema. La idea de que se puede acceder a una forma de conocimiento oculto, iniciático y superior ha ido prosperando rápidamente en Occidente. El gnosticismo ha hecho una reaparición triunfal, luego de siglos de abandono. Los siglos XVIII y XIX, así como el comienzo del actual, estaban demasiado embebidos en las filosofías o en las

ciencias para admitir la gnosis, pero tal situación ha cambiado, como se dirá más adelante.

El esoterismo ha terminado por fructificar en la corriente llamada “New Age”, surgida hace no más de 25 años. La idea central de este movimiento es que estaríamos al borde de un cambio de era. Se terminaría la era de Piscis y se entraría en la era de Acuario. Esto correspondería a un cambio mayor en la mentalidad de los hombres. La era de Piscis habría durado los últimos dos mil años y habría sido dominada por una desgraciada mezcla de la religión cristiana y la filosofía griega, con mucho racionalismo, mucha rigidez, fanatismo, intolerancia e incluso oscurantismo. La era de Acuario, en cambio, sería la portadora de libertad, tolerancia, amor entre todos, respeto a las preferencias o gustos personales, apertura al mundo natural, etc. Más aún, la Nueva Edad acabaría con las estrechas visiones del cristianismo, con su absolutización de un “Dios-en-el-cielo” y su arbitraria y antipática visión dualista de la realidad. Ahora, en cambio, la unidad esencial de todo hace que seamos uno con Dios (en una nueva visión panteísta... si hay Dios), uno con todos los hombres y uno la naturaleza, que adquiere además el carácter de “madre” nutricia: la Madre-tierra, la Pachamama. A la vez, desaparecen las dicotomías tajantes de potencia y acto, teoría y praxis, esencia y accidente, Bien y Mal, hombre y mujer... Todo se funde en la unidad “holística”, que no admite contraposiciones ni menos dialécticas confrontacionales, reemplazando la substancia por el proceso, el acto por el evento, el sexo por el género. De ahí que haya teólogos que proponen valorar el aspecto femenino de Dios y hablan y oran dirigiéndose al Dios cristiano como “Padre y Madre nuestra”, extraño hermafroditismo que no parece chocarles. Incluso intentan poner en femenino lo más posible dentro de sus sermones y no se refieren ya al Hombre, como género que engloba a las mujeres, sino a hombres y mujeres, hermanas y hermanos, salvadas y salvados, y así *ad infinitum*. No cabe duda de que ignoran o fingen ignorar los universales, como conceptos genéricos, que incluyen a todos los representantes de una especie haciendo abstracción del sexo. Guillermo de Occam está de vuelta en plena vigencia.

En cuanto al orientalismo, desde fines del siglo pasado, éste ha ido perfilándose en forma creciente en Occidente. Básicamente se trata del hinduismo y el budismo. Ambas religiones se originaron hace muchos siglos en la India, vale decir, en un medio radicalmente distinto al del mundo mediterráneo. Ambas ponen un énfasis muy fuerte en la meditación y la purificación espiritual, por lo que han atraído a muchas personas que buscan infructuosamente estas dimensiones en el cristianismo occidental y no lo encuentran. En efecto, en los últimos treinta o cuarenta años, éste ha



privilegiado la relación con el mundo y la adaptación al mismo, en desmedro de la espiritualidad pura. Esto ha creado un vacío importante que hay que llenar y que las dos religiones de la India parecen capaces de hacer. La concepción de ambas es también “holística” y sostienen la reencarnación, a través de la cual los seres van cumpliendo con su “karma” y tratando de alcanzar la iluminación para terminar con la cadena de la transmigración de las almas. Pero la manera como concluye el proceso, a lo menos en el budismo, es la de lograr la integración de cada uno en el Todo, para lo cual deben eliminar la identidad individual y pasar a ser parte de la Nada. Este es el Nirvana, un estado indiferenciado, en el cual la desaparición de lo individual conduce al Todo y a la Nada simultáneamente. En este esquema, la presencia de un Dios o de dioses no es necesaria, por lo cual se puede sostener sin temor a errar que el budismo es ateo. Tal posición se adecua más fácilmente al hombre occidental actual y tal vez eso explica el éxito que ha tenido en ciertos ambientes. El Todo vital, del que somos todos parte, reemplaza al Dios personal, providente, creador, redentor, iluminador y Padre.

Los aspectos sincretísticos de estas formas de religiosidad, así como la simplificación excesiva de creencias, ritos y comportamientos, son parte de lo mismo. La adaptación al mundo —proceso de nunca acabar, por la extensión y rapidez del cambio en el mundo— tampoco inquieta a nadie, ya que el magma básico prevalente en el plano religioso actual se adapta, o trata de adaptarse, cual Proteo, a todo lo que venga de afuera. El Ecumenismo cae frecuentemente en esta actitud “facilista” y *light*, para tratar de acomodarse con todas las religiones o las prácticas seudoreligiosas, en un vano esfuerzo por hacerse “creíbles”. Lo que se tiende a olvidar en todo este proceso es que las religiones mediterráneas —por darles un nombre genérico— se basan en códigos doctrinales y morales bastante precisos y definidos.

Eso nos lleva al tema siguiente, que pertenece a este mismo ámbito, pero que merece párrafo aparte.

#### **4. La sacralización de lo profano y la desacralización de lo sagrado**

En este rubro sobran también los ejemplos. En términos generales se puede comprobar cómo en todos los ámbitos del actuar humano ocurre este fenómeno. En el culto religioso católico, por ejemplo, tienden a desaparecer —no siempre, por cierto— el espacio sagrado en las iglesias (altar mayor, presbiterio, zonas de clausura); frecuentemente el rito sagrado es

interrumpido por improvisaciones, instrucciones banales, aplausos, manifestaciones excesivas de la paz y otros; la lengua sagrada, latina y griega, ha dado paso a un lenguaje banal, cotidiano, a menudo carente de sintaxis y buena pronunciación; la música sagrada ha sido muchas veces reemplazada por cantilenas insulsas o melodías puramente profanas; muchos de los nuevos templos ostentan una desnudez paupérrima, carente de toda estética; la mayoría de los ornamentos litúrgicos han sido suprimidos y los que se salvan hasta ahora son usados en forma descuidada; el micrófono ha sido elevado a la categoría de elemento litúrgico, presidiendo todas las celebraciones, en vez del tabernáculo o la cruz; en fin, se podría hacer una lista mucho más larga en este plano.

Pero la desacralización ambiente no afecta sólo a las prácticas religiosas, sino a toda la vida en sociedad. En primer lugar, la destrucción de la familia, con las leyes de divorcio, aborto, adopción de niños por parte de homosexuales, desaparición del matrimonio y su reemplazo por la “pareja”, maternidad o paternidad soltera, etc. El ámbito de la familia ha sido siempre sagrado en todas las culturas y vemos cómo se desintegra también con la falta de jerarquía, de disciplina y de comunicación en muchas familias. A menudo hay hijos que tienen medio hermanos o cuasihermanos, a quienes ni conocen, y que son productos de uniones anteriores o posteriores de alguno de sus progenitores, o de ambos. Con lo cual el núcleo de la autoridad y de la jefatura familiar se disuelve también. Incluso la afectividad se ve seriamente dañada en estas situaciones nuevas y, por supuesto, son los hijos los que reciben más fuertemente el impacto de esta desintegración.

Lo que antiguamente se llamaban buenas maneras o formas educadas tienden igualmente a desaparecer, desacralizando el ámbito de las relaciones sociales. La vulgaridad en el lenguaje, la falta de cortesía ante la mujer o los mayores, la chabacanería en el vestir, el tono desenfadado con que se abordan las temáticas más delicadas en la conversación, las expresiones de conductas voluntariosas que no aceptan correctivos, entre otros, han contribuido grandemente a dar vigencia a lo que se analiza. En general, el respeto por parte de las generaciones más jóvenes es lo que más se echa de menos. Y el respeto es, por supuesto, otra forma de sacralidad, así como la cortesía.

Un punto que podría parecer menor, pero que tiene su significación, merece ser consignado aquí. Es el hecho de que la mujer se vista progresivamente de hombre. Vale decir, ha adoptado definitivamente la tenida del pantalón masculino como la suya propia. Los motivos aludidos son siempre los de comodidad, defensa del frío y otros bastante banales. La verdad es otra. La mujer, desde los años 1960, ha querido emular al hombre e igualar-

se con él. Una de las mejores maneras de hacerlo es vestirse como él. Dejando de lado las cuestiones de estética —no hay comparación en términos de elegancia entre el vestido y el pantalón, superando el primero al segundo, por su forma, su colorido, su movimiento, su adecuación a la figura femenina, resultando, en cambio, el pantalón un elemento de igualdad y uniformación—, algo más profundo está en juego: el deseo de competir en términos de igualdad y libertad con el hombre, la intención de dejar de ser “la mujer-objeto”, celebrada sólo por su gracia, su belleza o su sumisión al hombre, la decisión de afirmar la voluntad femenina al mismo nivel de la masculina. Sea como fuere, es la primera vez en la historia de Occidente que hombres y mujeres se visten igual y asumen las mismas conductas. Tal vez para muchos ésta sea una situación ideal, pero para otros, incluyendo a quien firma estas líneas, es lamentable. Las razones de esta reacción son tantas y tan variadas, que escapan a la concisión de este artículo.

En otro plano, se han acentuado la violencia y la agresividad hasta límites a menudo intolerables. El cine, la televisión y la prensa lo muestran a diario y constituyen una suerte de incitación a actuar de esa manera. Junto con debilitarse los viejos principios y las viejas formas de respeto, se van demoliendo los diques morales y se van soltando las costumbres, con acentuación cada vez mayor de la brutalidad y el desenfado.

En política, en el mundo de los negocios, en la creación artística y en cualquier otro ámbito actual se nota esa pérdida de lo sacral.

En cambio, como gran contraste, se han sacralizado principios y conductas meramente profanos.

Los ejemplos más claros de lo afirmado anteriormente se hallan en la categoría de dogmas intocables e intransables que han adquirido la democracia y los derechos humanos. De ser simples formas políticas y jurídicas, que varían —y deben variar— de cultura a cultura, de Estado a Estado, de siglo en siglo, se han transformado en verdaderas profesiones de fe, de las que nadie está autorizado para disentir. Cualquiera alusión en defensa de otros regímenes es inmediatamente descalificada como atentatoria a la dignidad del hombre. Lo que pareciera indicar que se ha generado una nueva clase de fanatismo intolerante: el de los demócratas a ultranza. El caso del general Pinochet y su inédita detención en Inglaterra ilustra ampliamente esta posición. La histórica reacción de muchos ante la elección de Georg Heider en Austria es muestra de lo mismo.

Pero lo que desconcierta en esta actitud es la falta de realismo y de conocimiento histórico. Se sabe perfectamente que los regímenes de gobierno en Occidente son eminentemente cambiantes; que se han ensayado las

más variadas formas a lo largo de los últimos diez siglos, desde el feudalismo hasta el comunismo. Más aún, la democracia real no se ha impuesto más que en los últimos cuarenta o cincuenta años, de a poco y con grandes dificultades. También se sabe que, fuera de Europa occidental y Norteamérica, los caudillismos y las dictaduras son parte de nuestra tradición, gústenos o no. En este momento Perú y Venezuela tienen regímenes poco compatibles con el dogma democrático, en tanto que en Ecuador, Colombia, Paraguay y varios países de Centroamérica —sin contar el fósil de Cuba—, también se debaten en medio de grandes dificultades políticas. Sin embargo, nadie se atreve tan siquiera a criticar la democracia y los derechos humanos, por ineficaces o por ilusorios, porque es arrinconado como paria y destrozado por los pontífices y los doctores de la “nueva ley” política.

Lo que aquí se afirma se ilustra con otro caso reciente. El director de cine Martin Scorsese filmó hace ya unos años una película llamada *La Última Tentación de Cristo*, en la cual se desacraliza la figura de quien es Dios para buena parte de la Humanidad. Cuando algunos países prohibieron su exhibición, se alzaron airadas voces atacando la nueva “censura” que esto implicaba en las naciones de Occidente. En cambio —y dejando de lado la actitud musulmana de condena a muerte a Rushdie por sus *Versos Satánicos*—, nadie se atrevería hoy a filmar una película desacralizando la democracia, por ejemplo, o alabando a algún dictador o gobernante de facto que haya obtenido resultados positivos para su país. No se mide el éxito con realismo político, sino la forma en que se expresa, con un idealismo sin tapujos.

Esta nueva actitud de canonización de la democracia es, incluso, poco adecuada a la misma democracia, que jamás pretendió imponerse al punto de aplastar y destruir a todos sus enemigos; salvo si contamos a Robespierre como uno de sus primeros exponentes. La nueva Inquisición, no obstante, funciona con el mismo celo y mayor eficacia que la antigua. No sabemos adónde nos pueda llevar a la larga, pero ciertamente no será a un régimen de mayor libertad.

## 5. El permisivismo moral

Muy ligado con los temas anteriores se halla este otro, que ha sido uno de los que más altibajos han padecido en este fin de siglo. Además, ha sido el que ha experimentado cambios más rápidos y radicales, a partir de la famosa década de 1960, en que la revolución lo impregnó todo.

Comenzando por la moral más ligada a la religión, se constata, como primer efecto del cambio, la cuasi total pérdida de la noción de pecado. Al

concebir a un hombre cada vez más autónomo en su relación con Dios, junto a un hombre que se va perfeccionando gracias a la ciencia y al conocimiento en general, la vieja concepción de la ruptura de la gracia y del desorden moral, que constituye la falta grave o “pecado mortal”, ha ido perdiendo su vigencia, hasta en los que todavía practican alguna religión. Habría que exceptuar, eso sí, a algunas iglesias evangélicas y a otras pocas que fundan lo esencial de su doctrina en la naturaleza pecadora del hombre y en la misericordia divina, vale decir en la predestinación. Pero allí donde prevalece la creencia en el libre albedrío, la noción del hombre bueno —aún en estado de naturaleza, a la Rousseau— ha imperado sin contrapeso. Nada de lo que hagamos puede constituir una falta irreparable, salvo, claro está, la infracción de las reglas democráticas. En cambio, se ha desarrollado la idea, tomada de la sociología, de la existencia de un “pecado social”, en el cual caeríamos todos, a menos de intentar la destrucción de las “estructuras opresivas y explotadoras del hombre”, Siguiendo al marxismo, esta tendencia carga los dados a las creaciones políticas o económicas del hombre, trasladando el pecado de cada individuo concreto a una estructura genérica, contribuyendo así a que la culpa se diluya. Lo cual es muy cómodo y sirve para aliviar a muchas conciencias. En la misma línea se está inaugurando la moda de pedir perdón por faltas del pasado, en circunstancias que la responsabilidad de tales faltas yace exclusivamente en quienes las cometieron y en nadie más. Las culpas no se trasladan de titular, no se heredan, no se pueden asumir de nuevo. Si no fuese así, los hombres actuales no podríamos vivir, agobiados por el peso de millones y millones de pecados, faltas y delitos cometidos durante miles de años por nuestros antecesores. Sólo Cristo podía asumir los pecados de todos y así lo hizo. Los cristianos no podemos presumir de semejante capacidad.

Relacionada con este tema se halla la idea de que se deben defender todas las causas que busquen —real o aparentemente— la justicia en el mundo. Se forman así ligas y escuadrones de defensores de causas remotas y mal conocidas, olvidando que, al menos dentro del cristianismo, se requiere amar y defender la causa del “prójimo”, esto es, del próximo, del vecino, del que vive, estudia o trabaja con nosotros. Así, el amor al prójimo se transforma, de algo concreto y bien delimitado, en una vaga filantropía universal, en algo imposible de cumplir. Este altruismo aplicado a todos los hombres no es más que una creación ilusoria del positivismo decimonónico que, por razones obvias, no funciona. Nadie posee una capacidad amorosa tan gigantesca como para amar a todos los hombres. Pero está claro que resulta mucho más fácil, en el plano concreto, el defender de palabra procesos lejanos y abstractos, que el cumplir con el mandamiento de la caridad

con quien se halla junto a nosotros. Para muchos, la primera actitud exime de la otra: nueva muestra de comodidad y relativismo moral.

Paralelamente, se han debilitado mucho las creencias en el infierno y en el demonio, a pesar de las evidencias bíblicas de que ambos tienen plena existencia. Incluso cuando se acepta al primero, se afirma que no debe de haber nadie confinado para siempre en él, o bien, que el infierno no es más que parte de la existencia actual. En cuanto al demonio, su figura ha quedado relegada al desván de los nostálgicos y los niños.

En el fondo, lo que se ha perdido es la confianza en la existencia de una vida más allá de la actual, en la cual pudiera haber una recompensa o un castigo por nuestra conducta. Sólo existen el aquí y el ahora. Lo cual explica, entre otras cosas, el enconado ataque contra la pena de muerte. Privar a un criminal empedernido, comprobada y repetidamente culpable, de su vida terrenal es condenarlo a la nada, es quitarle su única posibilidad de vivir. No es ya pedirle que se arrepienta para ocupar un lugar entre los que gozan de “mejor vida”, sino es privarlo brutalmente de su mayor bien. De ahí que los defensores de los derechos humanos ataquen despiadadamente esta costumbre tan antigua como la vida en sociedad, de castigar con la pena máxima a los grandes infractores precisamente de la vida. Las nuevas constituciones han suprimido la pena de muerte y en las que subsiste, el indulto presidencial —resabio germánico de otra época, anterior a la separación de poderes del Estado— se encarga de enmendarles la plana a los tribunales ordinarios para salvar al criminal a como dé lugar.

Por otra parte, también se han desvanecido los límites claros del Bien y el Mal y, sobre todo, los del Bien Común. Dado que las creencias religiosas tienden a disolverse o dejan de ser referentes, la visión dialéctica de la moral y la visión holística de la realidad, al reemplazarlas, difuminan los límites considerados tajantes, y por ende anticuados, entre el Bien y el Mal. La moral se transforma en ética, vale decir, pierde su trasfondo trascendente y se adapta sin cesar a las circunstancias o a premisas que provienen de otros planos: la conveniencia política, la ganancia económica, el trastorno psicológico y otros.

Esto va acompañado de lo que se ha dado en denominar “la caída de los tabúes”, especialmente en materias sexuales. Desde la formación de los Frentes de Liberación, en la década de 1960, los grupos que eran marginales han tendido a ocupar lugares relevantes en la sociedad y han reivindicado “derechos”, presencia en todas las reparticiones públicas, cuotas o cupos en las mismas y sintonía abierta en los medios de comunicación. Lo que comenzó con el feminismo y la defensa del negro en los Estados Unidos, pronto se extendió a los grupos de homosexuales, lesbianas, aborteros,

pornógrafos, partidarios de la eutanasia, de los cultos mágicos o satánicos, de la libre circulación de la droga o de otras posiciones minoritarias que desean plena cana de ciudadanía en la sociedad postmoderna.

Por otra parte, escritores, poetas, pintores, compositores y, ante todo, cineastas, nos han ido acostumbrando a una serie de imágenes y a un lenguaje cada vez más permisivo y vulgar. En las películas norteamericanas, una palabra de cada tres es un garabato. En los filmes de directores como Almodóvar, las situaciones siempre conciernen a grupos sexualmente marginal es (travestis, lesbianas, prostitutas y prostitutos) que pretenden convencer al espectador de que constituyen la nueva “normalidad”, de que sus conductas son ejemplares y de que viven plétóricos de sentimientos superiores, caritativos y comprensivos. El resto de la sociedad es presentado como anticuado, estrecho de mente y falto de toda compasión. Pero lo que desearía subrayar en esta parte es que, con la escalada de pornografía y ordinariez ambientales, las defensas de los principios morales van bajando y la resistencia a considerar ciertas conductas como indignas o poco ejemplares se va limando. Hay que aclarar que, en este punto, no estoy defendiendo una posición farisaica: no se trata de matar o perseguir a nadie por sus preferencias sexuales, pero tampoco se les debe presentar como mártires de una burguesía reaccionaria y gazmoña, ni como ejemplos a seguir para la juventud. Quienes somos educadores tal vez comprendemos más profundamente lo que está en juego con estas actitudes propagandísticas y proselitistas de los nuevos profetas morales.

Todo esto es lo que se suele llamar pluralismo moral, que aparece como la actitud deseable frente a la gran variedad de tendencias y preferencias. Cabe señalar que este pluralismo se fundamenta casi exclusivamente en “derechos” y no en “deberes”, por lo cual tiende al constante desequilibrio a favor de los primeros. De la moral cristiana, que consta de puros deberes: creer en Dios y amarlo, amar al prójimo, cumplir los mandamientos, practicar las virtudes, conocer la doctrina, frecuentar los sacramentos, asumir el dolor y llevar la cruz, se pasa a la ética pluralista: gozar de derechos, usar de prerrogativas y vivir de acuerdo al gusto de cada cual.

Es curioso constatar, a este respecto, que la igualdad ante la ley que nos impusieron el racionalismo y la Revolución Francesa, tiende a ser rota ahora por los logros que las minorías antes señaladas obtienen a costa de las mayorías. Otro de los tantos retruécanos de la historia occidental, que nunca deja de destruir lo que creó y vive en la constante exhilaración del cambio, que es también la zozobra de lo inesperado. La excesiva planificación de leyes, instituciones y conductas, propia de la Modernidad, es aquella en la que más se nota, en este fin de milenio, la tendencia a la

desintegración. El inmenso organigrama racionalista, que cubría desde el deísmo hasta la tecnología y desde la ley igualitaria hasta la ética ciudadana positivista, muestra crecientes signos de descomposición y se halla posiblemente cerca de un gran estallido destructor. El subjetivismo, el relativismo, el “circunstancialismo” y el permisivismo no pueden durar eternamente sin causar serios menoscabos en el paradigma actual. Al menos el estudio de la historia de Occidente indica que nada de esta índole puede durar mucho.

Asimismo, se echan de menos con fuerza la afirmación y la práctica de las virtudes más excelsas y más duras de cumplir, como son la santidad —vivir la virtud en grado heroico—, la castidad, la abnegación, la resignación, la humildad, la magnanimidad. Para no hablar de la justicia, para no mencionar el sacrificio —por Dios, por la patria, por los principios—, o el simple cumplimiento del deber, en forma dedicada, profunda, persistente y desinteresada. Una sociedad sin santos, sin héroes y sin modelos de virtud carece de la savia necesaria para subsistir, padece de anorexia espiritual, no atrae a nadie, no da ejemplos, no exalta ni entusiasmo, sólo vegeta y sobrevive sin pena ni gloria. Occidente no saca nada con llevar la delantera en el avance tecnológico o en el crecimiento económico; sus miembros necesitan de incentivos más elevados, de motivaciones más profundas.

## 6. La esterilidad filosófica

En este otro campo importantísimo del pensamiento también se advierten signos desalentadores. Por una parte, la desaparición de la metafísica, desde Nietzsche en adelante, ha vaciado a la filosofía de su savia más íntima. La evanescencia progresiva del Ser, de su esencia, de sus atributos, de su acción y de su influencia, no ha hecho sino empobrecer nuestra reflexión. El nihilismo que acompaña a esta evanescencia y que tiende a penetrarlo todo no basta para satisfacer el apetito occidental por la especulación y la trascendencia.

Es cierto que fue el siglo XX el que trazó el camino en este sentido. El ateísmo de Feuerbach, el espíritu en devenir de Hegel, el materialismo de Marx, el positivismo relativista de Comte, el evolucionismo de Darwin, el existencialismo de Kierkegaard y el nihilismo de Nietzsche pavimentaron la vía para el fin de la metafísica. Pero las filosofías del siglo XX no han hecho sino ahondar en lo mismo. Entre el pragmatismo y el utilitarismo o la fenomenología de Husserl, la filosofía analítica de Wittgenstein o de Russell, el existencialismo de Heidegger o de Sartre, o los postmodernismos varios, no hay cabida para la metafísica. Las ideas de la hermenéutica todopoderosa



sa, los deconstructivismos, los desenmascaramientos, las transfiguraciones, los delirios, las visiones de la realidad como simple proceso, los neomaterialismos y las nuevas versiones del nihilismo, la filosofía se presenta apenas como una ciencia más, reflexionando sobre temas derivados y tratando de hallar sentido en un *mare mágnum* de interpretaciones semánticas, a menudo abstrusas o superfluas. Interesa mucho más la epistemología que la especulación metafísica. En este plano tal vez la idea más inquietante está dada por la funcionalidad o el éxito de las ideas. El lema “If it works, it’s good” aparece como un *leit motiv* de muchas corrientes actuales. Lo práctico, lo concreto, principalmente en el plano de la ética y de la política, reemplazan de manera ingente a lo teórico, a lo contemplativo, a lo que carece de aplicación inmediata, que es lo propio del pensar filosófico.

Naturalmente, también se encuentran presentes escuelas más antiguas, como el platonismo, el aristotelismo o el escolasticismo, pero su impacto ha quedado reducido a ámbitos cada vez más exiguos. Es más, al interior del catolicismo y de otras iglesias cristianas se considera a veces como integrista o fundamentalista la expresión de tales escuelas. El inmediatismo utilitario parece ser lo único válido. La pobreza resultante se intenta llenar, algunas veces, por lo menos en el discurso cotidiano de políticos, sociólogos o científicos varios, con una teoría de los valores, a la manera de Max Scheller, que nadie tiene muy clara y que, a menudo, nada en la subjetividad o el relativismo.

A lo que se podría agregar lo que opinan E. Rías y R. Argullol en *El Cansancio de Occidente*, sobre la escisión de teoría y vida, que sería lo que anula a la filosofía como experiencia y esteriliza el pensamiento, lo cual afecta decisivamente a la cultura actual.

El debate primordial en estos días parece ser el de Modernidad *versus* Postmodernidad, al cual algunos agregan el del “fin de la historia”. Pero tanto los términos del debate, cuanto los argumentos usados no tienen gran profundidad, sin negar que hay originalidad en ellos. Incluso, a ratos, la polémica parece tan sólo un ejercicio intelectual un tanto inútil. El ataque al excesivo racionalismo de los siglos anteriores, que ha “enjaulado” al hombre y ha “desencantado” al mundo, no ha bastado para satisfacer la inquietud intelectual de las actuales generaciones y hasta se ha dicho que no es más que una especie de volador de luces. La crítica más fuerte ha procedido de los autores Alan Sokal y Jean Bricmont, que han ridiculizado “el abuso de los conceptos científicos” que llevan a cabo los autores famosos actuales, induciendo así al lector a la mistificación, la confusión y la oscuridad mental; además de difundir la falsa idea de que la ciencia es un

“mito” y una “construcción social”, básicamente cambiante y subjetiva. Estas ideas están expresadas en su obra *Imposturas Intelectuales*.

En cuanto al supuesto fin de la historia, tampoco hay acuerdo entre los expositores. Algunos, como Fukuyama, se quedan en lo meramente anecdótico, a saber, un supuesto triunfo final de la democracia y el liberalismo. Otros, mucho más profundos, como Vattimo, plantean la eventual desaparición de lo histórico como categoría del pensamiento. Pero todo sigue empantanado en suposiciones, ya que mientras haya hombres con conciencia de decurso temporal, la historia no corre ningún riesgo de desaparecer, ni como vida ni como pensamiento.

### 7. La crisis de la verdad científica

Se recordará que, desde que Kant así lo planteara, la filosofía natural o ciencia sería el campo privilegiado del conocimiento donde se darían los juicios sintéticos *a priori*, únicos válidos y lícitos. Por lo tanto, el hombre occidental se fue adentrando de manera creciente en un científicismo a ultranza, a lo largo del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. La verdad de la ciencia substituía definitivamente a la verdad filosófica, la que, a su vez, había substituido, en los siglos XVII y XVIII, a la verdad teológica. El inmenso optimismo decimonónico creía a pie juntillas en el progreso indefinido del hombre y era sólo cuestión de tiempo para alcanzar los idílicos parajes del Empíreo y el Elíseo terrestres, tal como lo había profetizado el marqués de Condorcet, en la víspera de suicidarse para evitar la guillotina, en una mazmorra de la Revolución Francesa, en 1794. La llamada *Belle Époque*, previa a la primera guerra mundial, fue la expresión máxima de esa confianza en el porvenir de la ciencia y su inseparable compañera, la técnica. Y Julio Verne fue como el pontífice supremo de la ciencia ficción optimista y progresista.

No obstante, desde el comienzo mismo del declinante siglo XX se iniciaron profundos reexámenes de las verdades o afirmaciones científicas, yendo todos en el sentido de despojarlas de su carácter definitivo, permanente o absoluto. Además, se abrieron nuevos campos, hasta entonces insospechados, a la investigación del hombre y de la naturaleza.

Tal vez el primero en el orden cronológico fue Freud, padre de la llamada psicología profunda y del psicoanálisis. En efecto, él postuló la existencia en la psiquis humana de áreas o zonas ajenas a nuestra sensibilidad y racionalidad, a saber, el subconsciente y el inconsciente. En estas zonas se encuentran reprimidas, descartadas o ignoradas, vivencias, expe-

riencias, pulsiones, fobias y filias, de las que no somos plenamente conscientes en el sentido de que no sabemos dar razón de ellas. Los aportes de Carl Jung, con su inconsciente colectivo y sus arquetipos, contribuyeron más aún a dejar la racionalidad —base de la ciencia— reducida a un papel mucho más modesto en la conducta humana, incluso, a veces, francamente marginal.

En el campo de la física, los enunciados de Einstein, a partir de la teoría de la relatividad especial, en 1905, también fueron en el sentido de desdibujar las certezas videntes, al proponer que el mundo no es más que un inmenso campo magnético en el cual todos los cuerpos se influyen mutuamente, dentro de un continuo espacio-temporal. Mas, como en este universo no hay punto fijo ni centro, todas nuestras mediciones y definiciones variarán según el lugar y el momento en que nos halleemos, además de la velocidad a que nos movamos, dándose la anomalía de que el tiempo se contrae y el espacio se deforma. La Relatividad implica, además, el hecho de que materia y energía no son dos elementos autónomos, sino que se pueden transformar el uno en el otro, según la célebre fórmula  $E = mc^2$ . Las fronteras científicas puestas por Newton y otros padres del Racionalismo comenzaron a desdibujarse. La teoría atómica, desarrollada también a comienzos de siglo, demostró que hay fuerzas en el mundo de la partícula, que no se dan en el entorno en que se sitúa el hombre y viceversa. A la vez, se comprobó que al interior del átomo hay partículas que son pura energía y no materia, como los electrones o los quarks.

Precisamente la observación del movimiento de los electrones en torno al núcleo atómico, en 1927, llevó a Werner Heisenberg a enunciar su principio de la Incertidumbre o Incerteza, según el cual siempre habrá un área no observable o medible en la reproducción de los fenómenos naturales. Ni la mente ni los más sofisticados instrumentos de observación podrán develar los últimos arcanos de la realidad, porque dicha realidad no es como aparece y no rinde información completa de su existencia.

En las matemáticas superiores, Godel observaba, a partir de 1931, la presencia de antinomias o contradicciones en los niveles más elevados del pensamiento matemático, las cuales no podrían ser resueltas a menos que se hiciera referencia a un metasistema que estuviera fuera de las limitaciones humanas. Tal metasistema no podría ser otro que Dios, lo cual era impensable porque equivaldría a aceptar su existencia, cosa que —como se vio más arriba— nunca se logró.

Del mundo de la química ha surgido, en épocas más recientes, Ilya Prigogine, quien ha propuesto la teoría del Caos, que consiste básicamente en la imposibilidad de predecir el comportamiento de algunos fenómenos

naturales, como por ejemplo el clima, además de la no direccionalidad fija de los mismos. En una última obra: *El Fin de las Certidumbres*, Prigogine propone, como complemento, algunas teorías muy novedosas, como, por ejemplo, la existencia del tiempo como una constante previa al famoso Big-Bang. De ser esto así, sería una incerteza más agregada a la ya larga lista.

En el campo de las humanidades se nota igualmente un descenso brusco de las mismas, sobre todo en los planes de estudio de los colegios de Occidente. La supresión de las clases de latín, de filosofía o de análisis lógico-gramatical; la drástica disminución de las clases de historia, de literatura o de idiomas extranjeros, o la supresión de las clases de religión, conspiran contra la formación humanista más integral que tenían las generaciones anteriores. Si a esto se agrega el desprecio al aprendizaje memorístico, la aceptación de las preferencias estudiantiles en la confección de ciertos currículos o la exclusión de la mayor parte del régimen disciplinario, por estimarlo obsoleto o lesionador de los derechos humanos, caemos en cuenta de que la formación del alumno tanto en las humanidades como en la adquisición de hábitos conductuales claros se ha debilitado enormemente.

En resumidas cuentas, la ciencia actual, en sus más variadas manifestaciones, ha contribuido bastante a desorientar al hombre occidental, en la medida en que se evaporan los absolutos, las leyes y los axiomas, y lo más que se puede afirmar son verdades estadísticas, probabilísticas, funcionales, de promedio o de consenso. Lo que no tendría mayor gravedad sino fuera porque la ciencia proponía las últimas verdades válidas en Occidente, aptas para ser entendidas y aceptadas por todos. En la situación actual, tales características han ido desapareciendo en forma progresiva y sostenida.

## **8. El excesivo y amenazante crecimiento de la técnica**

Desde el surgimiento del Racionalismo, con Descartes, Bacon y Galileo, la técnica pasó a ser la compañera obligada y el complemento imprescindible de la ciencia. Ambas se auxiliaron mutuamente y proporcionaron al hombre soluciones a problemas acuciantes y angustiosos, dándole la inefable sensación de que efectivamente se progresaba sin cesar, al menos en Occidente.

Pero, desde hace unos cien años, la técnica dejó de tratar de dominar el mundo natural, para, en vez, tratar de crear un mundo paralelo, en grados crecientes de artificialidad. No pudo controlar la “sustancia extensa”, como la llamó Descartes (terremotos, ciclones, tsunamis, etc.) y, por lo mismo, se volvió hacia lo creado al margen de la naturaleza. Es así como hemos

ingresado a un mundo tecnologizado, del que habló con gran premonición Heidegger, que implica un cambio no sólo cuantitativo en el hombre. Este mundo nos mantiene aherrojados y en estado de dependencia creciente. Con la cantidad de aparatos que hoy día componen el mobiliario esencial de cada casa, que van desde el refrigerador hasta el horno microondas y el teléfono celular, la vida actual depende en un grado casi malsano del artificio y se interrumpe casi del todo cuando falla el sistema. Un corte de electricidad paraliza cada vez más toda actividad humana, no sólo porque impide el funcionamiento de las máquinas, sino porque crea un vacío en el actuar humano. En la medida en que la reflexión, la meditación y la contemplación se han esfumado con la técnica, no imagina ya el hombre cómo reemplazarlos si no es con el activismo frenético que impone la misma.

De aquí ha surgido la absurda idea de que la historia se ha acelerado. Es obvio que quienquiera que reflexione sobre el tema se dará cuenta de que esa afirmación es espuria. Los que se han acelerado a niveles indescribibles son los medios de comunicación, los medios de transporte, los procesos computacionales de inteligencia artificial. Pero los ritmos humanos no se han acelerado: ni el ritmo biológico (nueve meses en el vientre de la madre, un año para caminar, dos a tres años para hablar, doce o trece años para llegar a la pubertad, etc.); ni los ritmos psicológicos (formación de afectos, amores, fobias); ni los ritmos intelectuales (un número cada vez mayor de años de estudio para alcanzar las complicaciones de la especialidad elegida). Por el contrario, a mi juicio lo que se ha producido es un creciente desfase entre tales ritmos vitales y la endemoniada agitación y prisa de los medios tecnológicos. La alarmante y creciente alienación del hombre joven, acosado por el exitismo, la anhelada inmediatez de este último, la competitividad a ultranza, las tiránicas exigencias del *marketing*, y otros apremios, han redundado en la ingente cantidad de personas desequilibradas, incapaces de adaptarse, “estresadas” al máximo, que caen en depresión, recurren a los psiquiatras o cometen actos desaforados y peligrosos para sí mismos y los demás. Es imposible actualmente digerir la cantidad de información que nos bombardea sin cesar, a través de medios cada vez más veloces y, a menudo, instantáneos.

No hay necesidad de extenderse aquí sobre el daño ecológico que la técnica ha provocado en la naturaleza. Ésta es una idea ya muy barajada y conocida. Sólo cabe recordar que ocasionalmente se exagera en este sentido. Recuerdo la portada de *Time*, de enero de 1989, en que señalaba que, de seguir el ritmo actual de erosión y destrucción del planeta, a éste no le quedaban más que 27 años de vida. Vale decir, en 2016 la tierra colapsaría

definitivamente y, con ella, la vida humana. Al parecer, un plazo tan corto era excesivamente alarmista...

En otro plano, lo que parece aproximarse a grandes zancadas es lo que se llama la realidad virtual. Vale decir, un nuevo producto del artificio, basado en sensores, visores, audífonos y pantallas, pero que crean la ilusión de hallarse en plena realidad, cuando sólo se halla en plena fantasía. Los Disney World que se multiplican en el planeta son sólo la parte más inocente del fenómeno, pero la realidad virtual llevada a la intimidad de la vida privada y cotidiana puede transformar desde la comprensión racional del mundo hasta el ritmo o frecuencia de las relaciones sociales. Ya hay quienes “navegan” por Internet y otras redes computacionales durante días completos o meses completos, enajenándose de su realidad y de su verdad. Los sucedáneos del futuro, hasta ahora reservados casi exclusivamente a las ideologías, están cambiando de eje y de sostén, para pasar a depender de las llamadas tecnologías de punta.

No obstante, hay otros ámbitos en que la tecnología impacta en forma diferente pero no menos efectiva. Por ejemplo, toda la línea de la manipulación genética y de la clonación no ha hecho sino comenzar y amenaza con transformarse en lo común y corriente dentro de un futuro previsible. Sin duda, hay aspectos positivos en estos procesos y los resultados obtenidos en la producción de más y mejores productos alimenticios, por ejemplo, han permitido conjurar un posible agotamiento de las fuentes de abastecimiento del mundo.

Pero el daño psicológico que se está haciendo a los niños que nacen de espermios de padres desconocidos o de óvulos y vientres maternos distintos entre sí, es ya algo patente. La familia, como se decía más arriba, ha tenido siempre como principal virtud la de proporcionar al niño la afirmación de su identidad a partir de padres claramente identificados, que por lo mismo pueden educar a su prole y formar sus caracteres en torno a sus principios y creencias, en un medio emocionalmente insuperable. Por cierto, cuando todo es normal en una familia.

Pero ahora, en muchos casos, ni siquiera hay una familia originaria—deshecha más adelante—, sino paternidad o maternidad soltera, adopción por uno solo de los “progenitores”, adopción por parte de uniones homosexuales o simplemente nacimientos en los cuales la filiación resulta imposible de probar, luego del uso de técnicas sofisticadas pero no siempre claras e irrefutables en estas materias.

Más síntomas inquietantes se encuentran en el crecimiento de la robótica. Ya no se trata de máquinas al estilo de Frankenstein, que realicen las labores propias del hombre, sino de computadoras que se acercan cada

vez más a la autonomía de pensamiento o a la combinación de más y más posibilidades, a un ritmo vertiginoso, superior al de la mente humana. El caso del computador que hace unos meses venció al campeón de ajedrez del mundo es un primero y claro indicio de que ya no hay simple reemplazo o agilización de procesos en los ordenadores, sino superación en campos específicos del pensamiento humano. Probablemente nunca se llegue a la independencia total de la máquina, pero los límites de su acción —no sólo repetidora— se van ensanchando sin cesar.

### 9. Los problemas del arte, la estética y la moda

El arte del siglo XX ha seguido las mismas tendencias que los otros planos del conocimiento y la creatividad, a saber, la proliferación de corrientes, la ruptura de los cánones clásicos, la influencia de las ideologías, el triunfo de la subjetividad.

A mi juicio, lo más serio es la relación arte-estética, que constituye el pilar esencial de la creatividad artística. Esta relación ha tendido a romperse o a debilitarse consistentemente a lo largo del siglo. Desde los post-impresionistas de la *Belle Époque* pasando por expresionistas, cubistas, dadaístas, surrealistas, abstractos, cultores del Arte Op, del Arte Pop, del arte ideologizado, minimalistas, etc., pareciera que lo hemos visto todo.

Con todo, me parece que hay algunas tendencias generales que vale la pena señalar. Una sería el alejamiento de la estética, que es una mezcla de buen gusto con sentido común, destinada a producir placer sensorial. Pintores, escultores, arquitectos, poetas y dramaturgos, escritores y músicos, han seguido a menudo líneas que no son ni pretenden ser estéticas. No se busca la satisfacción del placer sensible, sino chocar, despertar conciencias, hacer reflexionar, cosas que en sí no son malas, pero que no parecen ser las más indicadas para el Arte.

Otro punto importante es el papel que han jugado las distintas ideologías prevalentes en el siglo. El arte al servicio del comunismo, del nacionismo o del liberalismo, al servicio de candidaturas políticas o de los productos del mercado, ha sido muy común y se ha desarrollado hasta límites inimaginables, siendo dirigido, muchas veces, por dictadores totalitarios, multimillonarios dueños de transnacionales, caudillos revolucionarios o promotores de causas “libertarias”, cuya mejor expresión fue el hippismo de fines de los años 60. Por supuesto, en todos estos casos, el arte pasa a ser un instrumento al servicio de una causa no artística pero conside-

rada superior. Como ejemplos basta citar las canciones de protesta, los murales revolucionarios o los festivales de tipo Woodstock 1969.

Otro aspecto genérico se encuentra en la sucesiva abstracción de formas y figuras, con el consiguiente traslado de la interpretación artística del autor al crítico, al *marchand* o al público en general. La abstracción puede llegar también a límites inesperados, acentuando la subjetividad en la apreciación artística. Por cierto, como reacción, han surgido los artistas plásticos hiperrealistas, a la Claudio Bravo, para oponerse a los Jackson Pollock o De Kooning. El problema de la abstracción es la introducción de un criterio excesivamente racionalista en el arte. En el mundo de la masa actual, la pintura se encierra en cenáculos cada vez más estrechos y en círculos iniciáticos, lo que va contra la corriente del siglo. Afortunadamente, las corrientes artísticas populares saben mantener, por un innato sentido de lo justo y lo proporcional, lo específicamente bello, lo espontáneamente placentero.

Una tercera característica, muy reciente, es la del *happening* y la "instalación". La primera, comenzada en los años 60, y la segunda, en los 90. En ambos casos se trata de subrayar lo efímero y transitorio de la vida, incluyendo el arte, por cuanto, finalizado el *happening* y desarmada la instalación no queda nada, salvo algunas fotografías del recuerdo. Dentro de esta corriente reciente, tal vez el máximo expositor sea Christo, que envuelve monumentos o elementos geográficos (como islas), en sendos paquetes, durante unos días o semanas, por el gusto de hacerlo. Luego, el arte es transeúnte, pasajero, volátil, como otros aspectos de nuestra cultura.

Tal vez el aspecto más notable sea el del surgimiento del llamado Antiarte. Esta expresión, que parecía sólo un juego de palabras, terminó por manifestarse en varios planos, como por ejemplo el Antiteatro o Teatro del Absurdo, en Ionesco y también en Beckett; o en los Antipoemas del chileno Nicanor Parra. Pero se podría decir que hay un Anticine, una Antipintura, una Antimúsica. Todos ellos surgidos del cerebro de los especialistas más cultos, capaces de inventar estos modelos ultracerebrales y darles expresión concreta. Qué impacto, valor o duración puedan tener, es algo que no interesa ni a los mismos autores. Desde el momento en que es Antiarte, los moldes clásicos del Arte no tienen aplicación. El Arte no constituye ya una manifestación superior de la cultura, sino que es un juego efímero, relacionado con la entretención y lo lúdico y no con la estética u otros principios tradicionales.

En cuanto a la moda, me atengo a lo dicho en un párrafo anterior con respecto a la igualación del hombre y la mujer a través del uso de pantalones. El resto, vale decir las tendencias del momento, las formas y



colores, el buen gusto o el mal gusto, no parecen ser tan distintos a los de cualquier otro período de la historia occidental.

### 10. Malestares vagos

Además de todo lo dicho, el hombre actual está aquejado de temores y malestares que no siempre se manifiestan de manera precisa o concisa, pero influyen en la sensación de crisis o de inseguridad que le acucia.

Entre otros, está la visión de un futuro incierto y hasta temible. Frente al optimismo desenfrenado del siglo XIX, el siglo que ahora concluye ha vivido un clima de zozobra, que oscurece el futuro. Desde las grandes hecatombes bélicas y los grandes desplomes morales, el futuro dejó de ser el elemento legitimante y fundante, propio de la Modernidad, para ser una espera de lo desconocido, un inquieto cuestionamiento de los “signos de los tiempos”, una duda permanente sobre el porvenir. Ya se vea este último como una invasión de seres de otras galaxias, que vienen a destruirnos; ya se vea como un descalabro atómico —voluntario o involuntario, a lo Chernobyl—; ya se vea como la fulminante aparición de nuevos virus mortales; ya se vea como la implantación de fundamentalismos intolerantes y perseguidores; o ya se vea como la creciente autonomía y desobediencia de la técnica frente al hombre, la sensación general es que el futuro no será mejor que el presente. Incluso podría ser mucho peor.

La angustia, originaria de las corrientes existencialistas, el *stress*, la depresión nerviosa, la ansiedad por conseguir el triunfo, el terror a ser marginado, el miedo a ser considerado un “perdedor”, y otras manifestaciones psicológicas de esta índole, son sensaciones corrientes en el hombre occidental actual. Esto ha acarreado la aparición ingente de psiquiatras y psicólogos, junto a sociólogos y asistentes sociales, que deben planificar y encauzar la vida del hombre medio y de la empresa, para poder mejorar su rendimiento y dirigirlos hacia el éxito y la felicidad. El hombre solo o la empresa aislada difícilmente pueden sobrevivir. Se introduce así una masificación nueva, que lleva a la fusión cada vez mayor de empresas, bancos o industrias y a la uniformación cada vez más aguda de las conductas individuales.

La vida de recreación o descanso está también siendo manipulada por planificadores y comunicadores propagandísticos. Desde el *Mall*, símbolo supremo del final de nuestro siglo, hasta la compra a plazos de un lugar en un “parque del recuerdo” —nuevo eufemismo que designa al cementerio—, el hombre actual está siendo tiranizado por los nuevos usos

sociales, que imponen modas y tendencias, perdiendo cada vez más su individualidad, su espontaneidad, su libertad. Es curioso que, en una época en que predominan las leyes del mercado y la iniciativa privada en lo económico, se esté produciendo un nuevo adocenamiento y masificación en los usos sociales. Contribuye a esta dicotomía, a ratos muy perturbadora, el que la política se ubique a medio camino entre ambas posiciones. Libertad e individualismo o independencia no se conjugan ya espontáneamente.

Se podrían anotar otros malestares, carencias o vacíos en la sociedad actual, pero creo que lo esencial queda anotado. Naturalmente, cada uno de estos temas da para mucho mayor desarrollo, pero no es el momento de hacerlo. No es eso lo que ahora me interesa.

### **A guisa de comentario final**

¿Qué implicancias puede tener esta exposición? ¿Significa que está todo perdido, que no hay porvenir para Occidente, que se ha producido una crisis final de la cultura?

La respuesta básica es: nunca en la historia está todo perdido. Incluso, a veces, cuando se derrumban estrepitosamente imperios, culturas o pueblos completos, algo persiste, la historia continúa.

La segunda idea que se viene a la mente es: muchos de los problemas enunciados tienen solución. Claro que tal solución va a depender de quién la aplique y de cuál sea la orientación que se siga. Personalmente creo tener algunas nociones de posibles salidas. Pero por el momento bastará con el enunciado de los problemas. Ya en él se adivinan algunos eventuales correctivos y caminos posibles de superación de la crisis, al menos en forma parcial.

Más adelante, quizás, aborde estos temas. Por el momento, que el diagnóstico, por incompleto que sea, baste.